

el culto tiene sólo función de servicio. Este reclama del arte musical ciertos cauces concretos exigidos por el mensaje litúrgico: al dirigirse la música a un pueblo determinado debe poseer la sencillez y claridad de expresión requeridos por las condiciones culturales y religiosas de la Asamblea, y por la misma Palabra de Dios.

El congreso de Pamplona puede considerarse como una meta lograda. Tanto su perfecta organización como la estructura de su contenido han logrado dimensiones quizás jamás logradas en la historia de la música pastoral de estos últimos tiempos.

Podríamos manifestar algunas reservas respecto de la técnica de algunas celebraciones y de la selección unilateral de las piezas musicales que nos brindaron en una de las jornadas. Estas reservas son poca cosa si se cotejan con los aspectos positivos.

Programa de las conferencias:

Cantar en espíritu y en verdad (J. Basurco).
El arte de los ministros de la Palabra (Gino Stefani).
El escritor y la Liturgia (Patrice de la Tour du Pin).
El arte del pueblo celebrante (Bernard Huijbers).
El arte del coro celebrante (J. Y. M. Hameline).
Los Instrumentos en la Liturgia (W. Wiesli).
Psallite sapienter (J. Gelineau).

J. R. M.

III CONGRESO MUNDIAL PARA EL APOSTOLADO DE LOS LAICOS

El miércoles 11 de octubre, quinto aniversario de la apertura del Vaticano II, se iniciaron los trabajos del III Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos.

Al dirigirme a Palazzo Pio experimenté la sensación del amanecer. Un nuevo regalo de Dios a su Iglesia. Aquel entreverarse de hombres y mujeres que tan solo unas horas antes separaban miles de kilómetros. El vibrar al unísono de un cristianismo en diáspora: todo pregonaba vitalidad. A manera de una escuela profética que deliberaría para las cinco direcciones del Espíritu

en torno al tema central: «El pueblo de Dios en el itinerario de los hombres». Síntesis armónica de dos momentos esenciales del Concilio ecuménico. La Iglesia viene descrita en la *Lumen Gentium* como pueblo de Dios. Y su misión, solidaria con todo el género humano, configura el trazado de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*.

Se celebraba después de una preparación decenal, minuciosa y profunda. Persiguió en todo momento dar la preferencia al aspecto práctico-operativo por encima de cualquier lucubración. Con ello jalonaría la primera etapa del laicado católico después del Concilio. Si el Vaticano II hizo de los obispos un Episcopado colegial, habrá hecho también de los laicos un laicado consciente de su entronque como elemento constitutivo del pueblo de Dios.

Maravilla cómo un encuentro pluridimensional se ha solidarizado con el mundo de hoy en vistas a una proyección histórica. Los grandes temas del racismo, la paz y el desarrollo, los derechos y deberes de la sociedad mundial, la cultura al servicio del hombre, reflejan el vivo interés de los seculares por la «consecratio mundi». Lejanía de reivindicaciones jurídicas o declaraciones acerca de su autonomía y espacio de derecho en la Iglesia. Acentuar la necesidad de un suplemento de oblación y escucha en la fe sobrenatural y en la humildad operante.

D. Ramón Sugranyes de Franch, en su rueda de prensa del viernes 6, destacó como finalidad del Congreso el «caminar unidos». Resultaría insuficiente la conciencia de la propia responsabilidad que no se tradujera en actos. Pero habría que calificar de lamentable la postura de quienes después de sortear el temor al futuro, naufragasen en la impaciencia. Avanzar unidos con los sacerdotes, religiosos y, sobre todo, con los pastores.

El Congreso tuvo la virtud de hermanar a los miembros del pueblo de Dios aún antes de levantar el telón. Más allá de toda barrera de raza, lengua, clase..., las delegaciones ricas crearon varias bolsas de viaje en favor de los representantes del tercer mundo.

Mesas redondas.

Los dos primeros Congresos (1951 y 1957) tuvieron la virtud de preparar indirecta pero sustancialmente el Vaticano II. Predominó entonces el relieve concedido a las conferencias. El programa de 1967 confería importancia singular a los grupos de

trabajo. Piedra miliaria donde convergen las problemáticas más abigarradas y tormentosas.

El Congreso estuvo dividido en dos partes. «El hombre de hoy» polarizó los intereses de los tres primeros días. Mesas redondas que fueron introducidas por una serie de testimonios sobre las condiciones humanas. Presidió el Dr. Klaus von Bismarck, director de la Radio de la República federal de Alemania. Intervinieron, entre otros, Lady Jackson, James McDivitt, P. Roberto Tucci, Jacques Duraffourg. Los Delegados de la India pidieron una respuesta precisa y concreta de la Iglesia sobre el problema de la procreación responsable y sobre la limitación de los componentes de la familia.

Una cuádruple pregunta encabezó los afanes de los 40 grupos de estudio. Utilizaron las cuatro lenguas oficiales: alemán, español, francés e inglés. ¿Cuáles son los nuevos fenómenos que caracterizan el mundo de hoy? ¿Hasta qué punto los valores que se le transmiten ayudan al hombre de nuestro tiempo? ¿Existen en el desarrollo del pensamiento religioso nuevos acentos para afrontar mejor las realidades actuales?

En detalle, las ocho mesas redondas de la primera serie examinaron los temas siguientes: *El hombre en sí mismo*, con referencia especial a su postura espiritual. Las *relaciones interpersonales*: la familia en la actual evolución de la sociedad; cooperación; hombre-mujer en los diversos sectores de la vida social; tensión entre las generaciones. El *hombre en un mundo que se unifica*, con particular relieve sobre la revolución cultural que ha representado la aparición de los medios de comunicación social.

En la sesión de apertura, el Cardenal Roy, aconsejó —dada la limitación del tiempo de que se disponía— que los obispos y sacerdotes dejaran el uso de la palabra a los laicos para que pudieran expresarse libremente. El representante de Costa de Marfil, Joseph Amichia reconoció en una de las sesiones finales, la amplia divulgación que había tenido semejante documento secreto; ignoraba las intenciones profundas de un gesto insólito que no podía por menos de deplorar por su carácter anónimo.

La segunda serie de mesas redondas fue presentada en la tarde del domingo 15 por la Srta. Rosemary Goldie. «Los laicos en la renovación de la Iglesia» ofrecía un elenco de los resultados obtenidos a través de la encuesta que elaboró el COPECIAL en octubre de 1966. En sus líneas generales captaba las impresiones de un mundo postconciliar donde no todos los documentos habían

sido asimilados convenientemente. Destacaría el primerísimo plano que ocupaba la feliz acogida y puesta en práctica de la Constitución litúrgica.

La reflexión más importante giró en torno a los problemas de la paz y del desarrollo. «Exigimos estudios urgentes del sistema económico capitalista actual». Se condenaron los bombardeos de centros habitados en el Vietnam. Se deseaba el ingreso de China en la ONU, que la objeción de conciencia incluso colectiva sea respetada, que el desarme nuclear se convierta en un hecho, que se suprima definitivamente la discriminación racial.

En conexión íntima con esa doble serie de estudios se colocaron dos simposios sobre «el hombre de hoy» (sábado 14) y «el año de la Fe» (lunes 16). En el primero el astronauta McDivitt comentó la proyección de un film inédito acerca de las últimas empresas espaciales. Resaltó la importancia de una comunidad mundial e invitó a mirar con ojos esperanzadores los problemas de la humanidad. Georges Palthey insistirá en el deber que grava sobre todo cristiano para ayudar al hombre para que se valga por sí mismo. La observadora de la comunión anglicana Kathleen Bliss ha criticado el sistema de exámenes escolares que, en su apreciación, convierte a cada estudiante en rival de su propio hermano. El salesiano P. Girardi analizó el conjunto de posibilidades de que disfruta el hombre actual para profundizar su fe.

El simposio final tuvo como moderador al Director de la «Commonwealth», James O'Gara. Intervinieron entre otros Lucien Morren, catedrático de Lovaina; la observadora protestante Margaret Shannon; el polaco Jerzy Turowicz. Lo concluyó Mons. Charles Moeller.

Conferencias.

Propiamente no existió más que una en el centro del Congreso.

En la apertura intervino Thom Kerstiens de los Países Bajos. La valentía de sus afirmaciones e interrogantes caló hondamente en los oyentes. Aquella vasta reunión respondía a un noble anhelo de captar y penetrar en el fotograma del nuevo mundo. Todo ello con la mira de conducir a Cristo a quienes viven, desde el punto de vista de la Religión, en el ostracismo.

Subrayó entre los objetivos del Congreso la urgencia para todo cristiano de vincular su actividad humana con el sentimiento

católico; el mejor modo realizable de colaboración del laico con la Iglesia y la «democratización de la teología». Vasto camino que presupone libertad y autonomía, conceptos ambos indisolublemente unidos con el de autoridad. «Porque quien intentase actuar sin la Jerarquía o contra ella —diría Pablo VI— en el campo del Padre de familia, puede ser parangonado a la rama que se atrofia porque no está unida con el tronco que le suministra la savia».

El estado de salud no permitió al P. Congar desplazarse para pronunciar su conferencia sobre «El llamamiento de Dios». Leyó el texto uno de sus discípulos.

El mundo y la historia no son para la Iglesia un simple decorado cambiante. Se trata de algo más que de adaptarse a su propio siglo. Urge asumir en Cristo la materia de la historia terrestre. El llamamiento de Dios pasa a través de la historia humana.

Elogió la vida contemplativa pero observa cómo la mayoría de los cristianos militan en la activa. Para ellos no existe otra opción que vivir el amor de Dios comprometiéndose con todos los hombres en la trama de la existencia. En el dominio temporal, el abanico de situaciones resulta sumamente complejo. Inútil exigir uniformidad drástica de comportamiento. Preferible correr el albur de la libertad. Algunos piensan que las implicaciones de esta última con la justicia plena debe desembocar en una teología de la revolución, por emplear un término vago y explosivo. Esbozó asimismo el apartado de la paz social para concluir que los cristianos poseemos el mensaje de justicia y libertad. ¿Qué uso hacemos del mismo?

Al profesor Ruiz Giménez incumbiría sintetizar los destellos de todo un Congreso que tuvo los defectos de sus virtudes. Asamblea polícroma con el mérito de universal y con la dificultad de libre expresión para todos. Congreso ambicioso que abrazó el arco de toda la problemática actual pero fue impotente para profundizar como era debido. Reunión cálida y vibrante como convenía en la presente singladura de la Iglesia, pero apasionada e impaciente.

Abrió con prudencia las perspectivas venideras. «No vamos a constituir —dijo— el Sindicato de los Laicos contra la Jerarquía». Apremia caminar hacia la coparticipación en la Iglesia jerárquica y democrática. Al propio tiempo que se orillan el autoritarismo y la anarquía. No basta votar mociones para pedir la paz. Hay que obtenerla.

Evidenció su fe en la Iglesia de hoy y dio un mentís a los teólogos de la «muerte de Dios». Abogó por la «confianza plena» de los obispos «en sus laicos»: «Hombres de *mucha* fe, ¿por qué dudáis? Si nosotros, con nuestra fe vacilante, pecadora, en entredicho por tantas presiones y circunstancias del momento, nos mantenemos en la brecha, tened fe. Porque lo que nos falte de fe nos lo dará el Señor en forma de esperanza y de amor a la Iglesia».

Liturgia.

En cada jornada, el Congreso Mundial tuvo su función religiosa de acuerdo con un programa que confeccionó, con 18 meses de trabajo, una comisión especial. El lugar de la celebración eucarística no resultó escogido al azar. Correspondía cada vez con el centro en el que la comunidad de laicos se había reunido, donde tuvieron lugar los diferentes trabajos, donde más intensa fue la vida.

La primera misa del Congreso se tuvo a las cinco de la tarde con los trabajos ya iniciados. Hubiera resultado ilógico empezar con una ceremonia religiosa celebrada por una comunidad todavía no constituida.

El atardecer del domingo 15 veía el contacto de los laicos con la ciudad que les hospedaba. Grupos de todas las nacionalidades visitaron 30 parroquias. De San Giovanni dei Fiorentini a Santa Maria in Traspontina. De Santa Maria in Vallicella a San Camillo. Y hasta las más lejanas capillas de la EUR. Encuentro emocionante y fraternal con el pueblo romano.

Con la oración ecuménica en San Pablo Extramuros se cerraría la jornada del 17. Juntos escucharon las mismas palabras del Señor. Agradecieron al Padre común. Más de 2.000 personas unieron sus voces y sus corazones para implorar por las intenciones que habían presidido el Congreso y que debían llevar por todos los caminos de la rosa de los vientos.

"Tened confianza. Roma va delante y el Papa la guía".

El encuentro más grandioso coronaría la mañana del domingo 15. Los laicos se dirigieron a su «casa: la casa de la fe común; la casa de la caridad central; la casa de la unidad y de la universalidad cristiana». Allí les esperaba su «Padre, Hermano y

Amigo». Ochenta organizaciones internacionales y 103 países estaban presentes en San Pedro. Once lenguas —entre ellas el árabe, japonés, chino y ruso— alternaron en la «oratio fidelium». Estampa evocadora de aquella otra mañana que Lucas dejara transcrita para la posteridad.

Al finalizar la Eucaristía, Pablo VI saludó a los presentes que constituían para él un «signo de los tiempos». Si el Concilio no innovó en materia doctrinal, sí que proclamó la «ciudadanía» del seglar en la Iglesia, amén del carácter específico de su actividad. Sobre este punto, respondió a la dificultad doble de las relaciones jerarquía-laicado y de la «desacralización». El Papa deplora y condena esta tendencia que pretende secularizar el mundo apartándolo de Dios. Este camino es contrario a la tradición bimilenaria de la Iglesia y a las enseñanzas del Vaticano II.

La espiritualidad que debe caracterizar la actividad de los laicos radica en «la unión personal y profunda con Cristo, la única capaz de asegurar la fecundidad del apostolado».

Entre las personas admitidas a besar la mano del Pontífice estaba McDivitt, quien ofreció una reproducción de la cápsula «Gemini». La cápsula «Gemini» bajo el baldaquino de Bernini, en las manos del Papa, con el telón de fondo de un Congreso Mundial: ¡hermoso simbolismo para los católicos responsables!

Conclusiones y resoluciones.

Una Delegación de 14 laicos ocupó en la mañana del día 17 el banco de la Presidencia del Sínodo. La Sra. Eleanor Shields se hizo eco del pensamiento, preocupaciones y votos de toda la Asamblea mundial. Pidió para el laicado una asociación más estrecha con todos los procesos que culminan en decisiones para la vida de la Iglesia. Intercomunicación democrática reforzada y extendida a todos los niveles.

Esta petición constituía el exordio de la serie de ocho resoluciones aprobadas por el Congreso. Todos los textos recibieron la mayoría de 2/3 de los votos de los jefes de delegación. Todo el resto del material, enorme y riquísimo, queda sometido al examen de la Santa Sede, del Sínodo y de los Obispos, y, más en particular, del «Consilium de Laicis».

La primera moción aprobada versa sobre el racismo. Juntamente con aquellas que se refieren a la mujer y a la paz recibió el favor y aplauso de la asamblea plenaria.

Pidieron que «mujeres competentes sean incluidas en todas las comisiones pontificias y que sean igualmente consultadas en la revisión de los cánones que les conciernen».

En torno a la paz, el Congreso acoge con «agrado la venida del año internacional de los Derechos humanos (1968) y pide que se estudie la Declaración universal de los derechos humanos a la luz de la enseñanza y de las iniciativas de la Iglesia». Un formulario muy extenso recoge las peticiones referentes al desarrollo de los pueblos.

El resto de las mociones aludía a la lucha contra la opresión, a los medios de comunicación social, a los inválidos y a la prolongación del Congreso. (Se solicitaba, entre otras cosas, que el papa ampliara democráticamente la composición del «Consilium de Laicis», a fin de que resulte más representativo de las diversas culturas).

A las 19 horas del miércoles 18, el auditorio de Via della Conciliazione 4, recogía el himno férvido de 2.987 congresistas 88 observadores-consultores, 346 expertos, 877 auditores y 531 periodistas. Todos ellos en comunión con los sucesores de los Apóstoles, presentes al acto. El Credo clausuró este «Concilio de los Laicos», hito señero en la historia de la Iglesia católica.

En público debate aparecieron las cuestiones más espinosas; prueba de la inquietud apostólica de unos hombres que laboran para que el reino de Dios alcance a todos los rincones del orbe.

Un balance prematuro podía apuntar en el pasivo del Congreso la representatividad insuficiente, cierto anticlericalismo latente y el equívoco entre las responsabilidades sociales de los cristianos en sentido amplio y las tareas directas de la Iglesia.

Pero el carácter positivo es infinitamente superior. Ocho días de contacto y vivencia de la universalidad de la Iglesia. De un ecumenismo abierto en forma de corresponsabilidad. En el marco excepcional de una Liturgia digna y renovada.

He aquí un flash rápido de un Congreso del que todavía se hablará mucho. Dios quiera que sus realizaciones hermanen todos los continentes en torno a la verdad, la justicia y la paz.

Luis DIUMENGE, f. s. c.

Roma